



Creer

(I Semana – Cuaresma 2013)

«Creo» es la primera palabra del credo cristiano.

Creer no es algo evidente para nadie, y menos aun en la cultura del mundo actual, en la que todos los creyentes viven una fe «expuesta», y en la que los no creyentes se encuentran a menudo lejos de estar en claro, no solo respecto de la fe, sino incluso respecto de la actitud que permite creer. Todos tenemos que preguntarnos sobre el verdadero sentido del acto de creer, en lugar de vivir en una rutina que no se hace preguntas, por eso conviene preguntarnos sobre lo que significa este acto y sobre lo que puede justificarlo.

Creer y saber

Toda nuestra ideología contemporánea confía en el saber, sobre todo en las ciencias, y se muestra reservada en lo tocante a la creencia, considerada inferior. Sin embargo, el «creer» es algo cotidiano en nuestra vida y no podemos prescindir de él. Creer no es una actitud exclusivamente religiosa, sino una realidad humana absolutamente general. La oposición entre creer y saber no es simple. El *creer* invade nuestras informaciones cotidianas.

Creer en los otros

Hay un terreno totalmente distinto en el que el creer se nos impone: el de las relaciones humanas. No podemos vivir en sociedad sin confiar, es decir, sin un mínimo de fe en los otros. No se puede amar o tener amistad sin creer en el otro. Así el acto de creer es un acto esencial de la condición humana, un acto noble y auténticamente humano, y no un acto vergonzoso. Interviene en nuestra vida independientemente del creer propiamente religioso. Querer prescindir de él no solo es una contradicción existencial, sino en cierto modo una pérdida de sustancia con respecto a lo que somos.

El creer religioso

Para la tradición espiritual judía, en la que se injertó la tradición cristiana, la fe es una relación fuerte entre Dios y su pueblo. Se inscribe en una alianza. Esta alianza es paradójica: al principio unilateral, ya que es Dios quien lo hace todo por medio de la misteriosa «elección» de este pequeño pueblo, aunque con vistas a la salvación universal. Pero luego se hace bilateral, porque no se puede mantener sin un dialogo constante en el que el pueblo de Dios responde a su Señor otorgándole su fe y viviendo según la Ley. La fe es siempre una respuesta a una iniciativa de alianza. Esto se ve claro en el Antiguo Testamento desde la figura de Abrahán, quién comenzó a tener una relación de tipo personal con Dios, basada en la confianza de su palabra. Creyó en la Promesa.

Ocurre lo mismo en el Nuevo Testamento, en el que los términos *creer* (300 veces) y *fe* (250 veces) se hacen omnipresentes y adquieren un sentido técnico. Los evangelios son los libros de la fe en Jesús, comienza por el encuentro con su persona y a través de la mediación de su humanidad, lo que Jesús pide es un acto de fe en Dios.

Creer es entrar en un diálogo

Quando el fiel cristiano dice *Creo en Dios*, expresa la respuesta de su fe a la triple iniciativa de Dios en su favor, la del Padre creador que está en el origen de todo, la del Hijo que ha venido a vivir en nuestra carne, morir por causa nuestra y resucitar, y la del Espíritu Santo que se ha dado a la Iglesia. Esto supone que Dios ha hablado primero. «La primera palabra» en esta alianza es de Dios. Idea que no es evidente por sí misma. Se trata de la difícil cuestión de la *revelación*.

Podemos decir que el acto de creer es, por consiguiente, fruto de una experiencia religiosa enteramente original. El creyente lo interpreta como un don gratuito ofrecido por Dios, un don que lo supera y del que no puede dar cuenta exacta; pero un don que acepta con toda su libertad. Es en este acto en el que se encuentra «justificado», como en otro tiempo Abrahán, es decir, perdonado, reconciliado, «devuelto a la gracia», acogido en la vida de Dios.